

COMBATES DE TOROS
EN ESPAÑA Y FRANCIA

COMBATES DE TOROS

EN ESPAÑA Y FRANCIA

por el

EXCMO. SR. D. ADOLFO DE CASTRO

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS
REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA Y DE LA HISTORIA, ETC., ETC.



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

Es propiedad del Autor

COMBATES DE TOROS

EN ESPAÑA Y FRANCIA



APUNTAMIENTOS Y OBSERVACIONES

I.

CON motivo de la Exposición Universal en París , se van á dar muchas corridas en aquella ciudad á la manera española, si bien con ciertas supresiones, que se han creído convenientes para modificar lo sangriento del espectáculo.

Pero Francia ha tenido también sus combates de toros, espectáculo que

no es de origen árabe, como se dice por decir de unos en otros que no han estudiado el asunto.

Ya mi querido y discretísimo amigo D. Serafín Estébanez Calderón, en su gallardo estilo, negó tal procedencia, y con razón, pues no hay historia mahometana de Oriente ó África que hable de tales fiestas. Más todavía: en el vocabulario español de ellas, ¿hay palabra del árabe que haga siquiera lejanamente verosímil origen semejante? Ninguna.

No debe hacerse caso de romances moriscos que traten de fiestas de toros en las tierras que ocuparon últimamente los mahometanos. Escritos á los fines del siglo *xvi* y principios del *xvii*, todo no pasa de ingeniosidades arbitrarias de poetas, pues tampoco existe crónica ó libro de otra clase que asegure que tales fiestas usaban los moros de España.

El juicioso P. Mariana, en su tratado *De Spectaculis* (capítulo xix), asegura que ellas dimanaron de los antiguos romanos. Verdaderamente se practicaban en otras formas esas fiestas dedicadas á los dioses infernales, como sacrificios por las almas de los difuntos, y extramuros de la ciudad como parte esencialísima del rito (¹).

(¹) Laborde, en su *Itineraire descriptif de l'Espagne*, dice: «Recurriendo á los fastos de la antigüedad, se ve que (este espectáculo) era conocido de los griegos, y, sobre todo, muy usado en Tesalia tres ó cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo, lo que se puede probar con las medallas de aquella provincia. La ciudad de Larissa obtuvo la mayor fama por sus fiestas de toros. Sus habitantes gozaban de la reputación de ser muy aficionados ó diestros en ellas. Así lo enseñan Suetonio, Plinio y Heliodoro. Pero, examinadas sus descripciones, las carreras de toros diferían de las de los españoles.

»En Grecia picábanse á la vez muchos toros. Un número igual de hombres á caballo los perse-

La popularidad de esta fiesta es tan grande, que hasta los niños juegan á ella en España preferentemente, como un regocijo de su predilección. Véase una pintura de lo que llaman *jugar al toro*, pintura poética de maestra mano :

« Muchachos del aula,
En horas de asueto,
Burlando á Nebrija,

guía y aguijoneaba con una especie de dardo. Cada caballero se arrimaba á un toro y corría á sus costados para fatigarlo y debilitar sus fuerzas, le cogía por los cuernos y le lanzaba á tierra sin apearse del caballo. Alguna vez se echaba sobre el toro, que, arrojando de furor espuma, con violentas sacudidas intentaba despedirlo; pero en vano, pues el hombre lo derribaba, á vista de un número infinito de espectadores que celebraban su triunfo.

»Swinburg cuenta que en Madrid, reinando Carlos III, y en una corrida, un negro de Buenos Aires montó sobre un toro, y cuando lo hubo cansado, corrió en él á matar á otro. La operación fué rapidísima, y sin detenerse, dió instan-

Se enredan en juego.
Peón y rayuela
De estrena tuvieron ;
San Miguel y el diablo ,
La Villarda luego :
Mas por arrullarle
Al dómine el sueño ,
Recetan *el toro* ,
Abreviado infierno.
Olvidan sus bandas ,
César y Pompeyo ;
Ni el asno y corozza
Sirven ya de freno.

tánea muerte al que montaba. Este violento ejercicio le produjo una gran hemorragia.»

El *Memorial Literario* dice que en la corrida de toros del 27 de Septiembre de 1784, celebrada en Madrid, se presentó un negro de Veracruz. de veintidós años, llamado Ramón de Rozas Hernández, el que, á imitación del entonces ya difunto Mariano Ceballos, quebró rejones desde el mismo toro al siguiente, y mató luego con un puñal al en que iba montado. En Octubre del año del 1785, Francisco Rodríguez, de ejercicio pastor, montó un buey, y desde él picó á un bravo novillo de seis años.

Echaron chinita
Con pausa y sosiego,
Y en cesta ballesta
Corrió todo el cerco ;
En Andrés Berruga
Recayó el sorteo ;
Un rollo de chico
De quintal y medio ,
De condición mala ,
En tino certero ;
Pedrada que tire ,
Cachívache al suelo.
Le envidia la turba
Ser toro tan presto
(Afición temprana
Que todos tenemos).
Al zaguán lo nombran
De *toril chiquero* ,
Por *valla* y palenque
Al tapial mampuesto.
Ya la ceremonia
Iba á dar comienzo ,
Cuando de la miga
Atalaya hicieron.
Señora maestra
Quedóse durmiendo.
Al dar de los gritos

Las chicas salieron.
Canuto y Pilatos
Les van al encuentro,
Como embajadores,
Y ofrecen asiento.
Con muchos remilgos
Y mil embelecós,
Responde la Nena
Al acatamiento.
Su devantal trae
Pespuntado el medio ;
Y en un sendo coco
Remangado el pelo.
Damas le acompañan
De alcurnia y respeto,
La Toña y Menguilla,
La nieta del tuerto.
También Maricota,
Pepona Talego,
Y Tusa Villodres,
Hija del tendero.
Cada cual escoge
Su lindo Don Diego,
Y llenan la plaza
Con su contoneo.
Por dar á las damas
Mayor lucimiento,

Alzan los galanes
Tablado cubierto.
La sala de estudio
Rebañan al vuelo ,
El escabel cojo
De pino mugriento.
La Nena preside
Con gesto muy serio ,
Pues fué hecha condesa
Por el nacimiento.
Para dar la yenia
Previene el moquero
(A un gema no alcanza
De tela de angeo).
La música rompe
El noble concierto,
Mayando seis gatos ,
Gañiendo diez perros ;
Suenan por timbales
Dos huecos morteros ,
Tañen por platillos
Rodajas de hierro :
Y Tolo repica
A compás dos tejos ,
Pues en contrapunto
Es grande maestro.
Da el Zopo la seña

Como trompetero,
Con su pipitaña,
Que chirría los sesos.
Se dispara el toro,
Lleva el diablo dentro,
Da vuelta en el coso,
Bufando y corriendo.
Si no con la frente,
Con la mano al menos,
Esgrime dos astas
Testuz de carnero.
Picador de vara,
Le sale á los tercios
Colás el Bellaco,
Jinete estupendo:
Sobre Blas cabalga,
Rucio verdadero,
Del puente del asno
Huésped sempiterno.
A espuela y á brida
Lo rige el piquero,
Montado á horcajadas
Por cima del cuello.
Se ufana torciendo
Muy airoso el cuerpo;
La pica, una caña
Que arrancó del huerto.

Berruguilla (el toro
Fin dió á su escarceo,
Y ante el espantajo
Se para frontero.
Al prójimo darle
Quisiera de lleno,
Cual picaña fiera,
Con entendimiento.
Acomete al postre
Furibundo y ciego,
En la cornamenta
La lanza prendiendo.
Forceja Berruga,
Aprieta el lancero,
En vilo se quedan
Los dos sin resuello.
Mas Berruga acuerda
Los veinte tan recios
Que le dió el Bellaco
De orden del maestro.
Arremete y cierra
Con rencor fraileSCO,
Y á entrambos derriba
Rocín, caballero.
Malparados caen
En tierra revueltos;
Por salva la parte

Les envasa el cuerno.
Acuden peones
Y los cuadrilleros
Con sus capotillos
De tabí muy viejo.
Dan citas al toro ,
Mas él se hace el sueco :
¡Qué lluvia de coces !
¡Qué gran moqueteo !
Al fin se retrae ,
Los deja por muertos ,
Se encara á las capas
Y parte tras ellos.
A cuál lo voltea ,
A tal le da un vuelco ,
O por el trascoro
Le abre los gregüescos.
Beato el que puede
Por pies más ligeros ,
En la talanquera
Tomar valla y puesto.
Ya la escaramuza
Más se iba encendiendo ,
Cuando Jusepillo
Saltó en plaza suelto.
Al mirador pide
Venía y rendimiento ,

Volviendo los ojos
Hacia su embeleso.
Sacó caperuza
De papel buldesco ,
Que sobró en Cuaresma
Cuando el partimiento :
De cartón picado
Espaldar y peto ,
Con su taparrabo
De bocací negro.
Lleva rehiletes
Con arpón y fluecos,
Y al toro provoca ,
Los brazos abriendo.
Parten uno al otro
Con torvos intentos;
Mas corta Jusepe
Tierra al jarameño;
Y en suerte vistosa ,
Cogiéndole al sesgo ,
Le clava en la tabla
Los dos instrumentos.
Lo aclama el concurso;
Responde él modesto ,
Saluda á su dama ,
Le arroja ella en premio
El bollo de azúcar

Y hornazo con huevos,
Que de merendilla
Le dió el padre abuelo.
Iba ya Calbete,
Estoque blandiendo,
A matar de un golpe
Al toro primero,
Cuando de improviso
Llegó un aguacero,
Que diablos son bolos,
Nada dejan quieto.
A la gresca y bulla,
Aunque era gallego,
Despertó el durmiente,
Rascando y gruñendo.
La Dómina salta
También de su lecho,
Y á la encamisada
Dan en el torneo.
Los unos se escapan,
Otros quedan yertos;
Nunca asustó tanto
Garduño á conejos.
Con la disciplina
Principia el solfeo,
Y el salvo honor paga
Los pasados yerros.

A cortina alzada
Sufren ellas ciento,
Y á baja pretina
Diez docenas éstos.
Quedaron los lomos
Cual rojo pimientto,
Con comezoncilla
Picando y bullendo.
Así acabó en llanto
El toro y bureo,
Que llanto es el cabo
De todo festejo.»

El autor de esta poesía firmábase *El Solitario* (D. Serafín Estébanez Calderón), tío del gran escritor Don Antonio Cánovas del Castillo, el cual recientemente, con vivo ingenio, elegante estilo y criterio tan exacto como fácil, ha enriquecido la patria literatura con un libro sobre la vida y las obras de aquel escritor ilustre.

Publicóse la poesía ó el cuento con el título de *La Miga y la Escuela*, allá el año de 1839, en un periódico de Má-

laga (1), y es poco conocido. Con razón la considera el Sr. Cánovas tan preciosa como la afamada letrilla de Góngora, *Hermana Marica*, y casi casi deja entrever que le da la preferencia.

Como pintura de este juego común de los muchachos españoles, y peculiarísima de nuestra patria, merece ser citada por su encanto y verdad descriptiva.

Conserváronse las fiestas de toros en Francia, Portugal y España, cada nación según las alteraciones que fueron introduciendo los tiempos y los caprichos. Cuando el rey Francisco I de Francia fué traído á España después de la rota de Pavía, se le acogió por la cortesía española con evidentes

(1) *El Guadalborce*, periódico de literatura y artes, dirigido por D. José de Medina y Aguayo, persona muy aficionada á ellas, núm. 36.

muestras de respeto á su dignidad y á su contraria fortuna.

Recibiósele en Guadalajara por el conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado, impedido de la gota para emplearse en obsequio de aquel Monarca. Al siguiente día de su llegada celebraron su venida con fiestas de toros y cañas. Y, sin duda para mayor agrado suyo, se celebró un combate de animales feroces, á estilo de Francia. Dentro de una empalizada se echaron á pelear un león y un toro; mas sin el efecto que se esperaba, pues aunque la embestida de ambos parecía tremenda y de indudable y sangriento éxito, uno y otro animal salieron ilesos, ó al menos vivos para vivir algunos años (1).

Aunque los escritores franceses

(1) El cronista Alonso Núñez de Castro, en su *Historia de Guadalajara* : Madrid, 1653.

siempre se muestran adversos á las corridas de toros españolas, hubo un poeta en el siglo xvii que tomó una de ellas como asunto para ridiculizar al personaje de la comedia. Háblo de Pablo Scarron, tan ingenioso y agradable en todas sus obras. Voy á hablar de la que lleva por título *Don Japhet de Armenie*, un figurón extravagantísimo.

Lo raro que hay en esto es que ningún poeta cómico español, con todo de tener tanta popularidad la fiesta de toros, se ha valido de una de ellas como el más acertado juego escénico de una obra teatral graciosa, y no sainetil.

La acción pasa en Orgaz.

Presentan al Comendador á D. Japhet de Armenia, á quien llaman el segundo Don Quijote (*second Don Guichot*). Pide éste á aquél la mano de su hija Doña Leonor, exigiendo

que al instante sean las nupcias, pues su impacientísimo y mucho amor no sufre espera.

EL COMENDADOR.

Vuestras bodas no han de ser bodas ordinarias. Hay que tener muchos criados y combates de toros.

DON JAPHET.

¡Toros! Yo quiero tomar los aceros, y dar al público, sin temor de sus cuernos, muestra sangrienta de mi valor sin límites, y con un solo lacayo me propongo *tauricidar*.

FOUCARAL.

Que *tauricide* él solo.

Más adelante se lee este coloquio:

DON ÁLVARO.

Fogoso es el alazán.

DON JAPHET.

Pues no me gusta eso.

DON ÁLVARO.

Lo que necesitaríais es un buen caballo de paso,

DON JAPHET.

Y que en cambio diese algunas corvetas: por eso me agrada que lleven buenas cabezas en el

bocado del freno. Yo quiero uno que sea entre triste y alegre, pero fuerte como una mula y nada semejante al del caballero Bayardo.

DON ÁLVARO.

Yo os buscaré uno tan apacible como una litera.

DON JAPHET.

Mi propósito, aquí para entre los dos, me amenaza con el ataúd. ¿No podría yo llevar un arma de fuego, á fin de sacar mejor partido de la fiesta con mi escopeta?

DON ÁLVARO.

Eso sería un golpe seguro; pero no está en uso.

DON JAPHET.

¿Qué? El uso prevalece ó incomoda. Tontería. En asunto donde el peligro aparece de todos lados, se puede muy bien prescindir de formalidades. Y si algún toro viene á mí como un rayo, más que un toro vil puede un hombre.

DON ÁLVARO.

Eso sería acto de un menguado caballero.

DON JAPHET.

No, señor; el acto de un caballero muy sabio.

DON ÁLVARO.

Dejad vuestra sabiduría, y haced ostentación del valor vuestro.

DON JAPHET.

Yo no lo manifiesto sino tarde. ¿Y cuál será el arma que llevaré?

DON ÁLVARO.

Una lanza de palo pintada y dorada.

DON JAPHET.

Quiero entrar en la lid con una alabarda.

DON ÁLVARO.

¡Alabarda contra un toro! Dios os libre de ello.

DON JAPHET.

¿Y qué podrían decir?

DON ÁLVARO.

Causará muchísima risa.

DON JAPHET.

¿Se mofarán menos cuando me vean muerto?

DON ÁLVARO.

En tomando la lanza, cuidad mucho de buscarle el lomo.

DON JAPHET.

¿Y por qué no la panza? Es más ancha y más tierna, y más buena para herir, donde se pueden asestar cien golpes sin darlos en vago.

DON ÁLVARO.

Pero eso no está permitido.

DON JAPHET.

¡Maldita costumbre!

DON ÁLVARO.

Señor, un solo golpe. Tened mucho valor, y todo irá bien.

DON JAPHET.

Yo abrigo el temor de que vaya mal, porque el toro no es un bruto tratable.

DON ÁLVARO.

En pocas palabras: he aquí lo que debéis hacer. Entrad en lid valiente y no temerario, la lanza en ristre y firme en los estribos, saludando á las damas que están en los balcones.

DON JAPHET.

Y después iré á buscar las cornadas. ¡Oh! ¡tan necio intento pone mohina en mi alma! De todo corazón querría quedarme sin el marquesado y poderme excusar de ese maldecido combate. Adiós; voy á armarme: si de esta escapo, que me maten, caso de que vuelvan á cogerme en otra.

Scarron no recorrió á España; pero siendo tantos los viajeros que de Francia venían en aquel siglo, donde la afición hacia nuestras letras y costumbres era mucha, seguramente alguno á su regreso, y de los amigos

del poeta, lo instruyó en la forma de cómo las corridas de toros se verificaban.

Así se deduce racionalmente de la exactitud de las descripciones de Scarron. Prosigamos con algunas noticias más de esta comedia.

Foucaral, lacayo de D. Japhet, así refiere el trance del combate de éste con el toro:

FOUCARAL.

Escuchad, señora, la desgracia horrenda que acaba de dar alevosa muerte al desafortunado D. Japhet.

EL COMENDADOR.

¿Lo ha maltratado el toro?

FOUCARAL.

Ciertamente. Plantóse en su puesto tan animoso como el Cid. Apenas lo vió en la plaza el toro, le tomó antipatía por su trágica catadura, y largo tiempo lo ha seguido con los cuernos casi en los riñones. Viendo que el toro lo perseguía, echa pie á tierra, cambiando de pensamiento. El animal, impertinente, al mirarlo apeado, parte derecho á él, sin tener miedo á su

bastón. Y el bravo Japhet, al contemplar sus grandes cuernos, ha intentado tres veces huir por las barreras. El pueblo, nada comedido, le ha dicho *Nescio vos* (1). El bruto, en tanto, ha cogido á su hombre por dos veces; y embarazados los cuernos con la seda de los vestidos, el malaventurado Japhet y sus brillantes pensamientos largo tiempo han estado en el aire sacudidos, sin cornada alguna, sea el cielo bendito, y al fin se encuentra despedido sobre el polvo, lastimado de extraña manera por las pisadas de la bestia. Se le levanta entre cuatro, y yo expresamente vengo á relataros suceso tan triste.

D. Japhet se queda maltratado por el toro, convertido en la fábula ó el escarnio del pueblo, y, lo peor de todo, sin la novia; pero con esperanza inmediata de que una infanta que pasaba á cristianarse á Madrid y á ser esposa suya, le haga echar al olvido aquel peligroso y aflictivo trance.

En Francia había combates de fie-

(1) Palabras del Evangelio de las Vírgenes locas.

ras con fieras, y también de hombres con toros. No displacerá á nuestros lectores conocer los lances de estos últimos, tales como se llevaban á efecto en los grandiosos anfiteatros que aún se conservan del tiempo de los romanos en Arlés y Nimes. Y por cierto que las personas ilustradas, cuando á mediados del siglo último veían cómo se continuaba en la práctica de estos espectáculos sangrientos, no podían menos de deplorar, y por cierto muy sentidamente, aficiones tales.

Véase aquí una muestra :

«Se han visto no ha mucho tiempo en las *Arenas*, antiguo anfiteatro romano de Arlés, combates con toros bravos (*sauvages*), criados en la Camarga, uno de los cuatro grandes cuarteles de los alrededores de aquella ciudad, isla formada por el Ródano. Estos juegos bárbaros atraen la concurrencia del pueblo de las ciudades

inmediatas, y rara vez termina el espectáculo sin que se vierta sangre humana. ¡Qué espantoso y detestable placer, contemplar á los hombres luchando con estos fieros animales, para plantarles banderillas puntiagudas en la cabeza, asirlos alegremente por los cuernos, á riesgo de ser desbarrigados, y degollarlos de una puñalada en medio de las aclamaciones y el batir de las palmas de un populacho imbécil y feroz! ¡Y este es el gran espectáculo de un gran pueblo y de un gran reino!» (1).

Con tal criterio se reprobaba por un autor francés, expresando con vehemencia sus razones en nombre de la cultura y de los sentimientos de aquella nación.

(1) *Recueil amusant de voyages*, en vers et prose, tom. v: París, 1801.—Art. IX. El escrito es de más antigua fecha.

El autor de semejantes juicios, así describía las fiestas de toros en nuestra patria:

«En Europa, y en el siglo xviii, los elegantes de Sevilla y Cádiz descenden gravemente á la arena, y pican al toro, le hacen cara, lo provocan, lo hacen pasar bajo sus capas: otros imprudentes montan en intrépidos caballos, lo persiguen, caracolean alrededor de él, procuran herirlo por delante, y en el momento en que pierden la rapidez, el toro furioso baja la cabeza, parte, y á veinte pasos arroja al caballo y caballero. Uno y otro serían hechos pedazos instantáneamente, si con destreza no se diese un cambio al verdugo del animal, mientras se transporta al señor caballero en unas angarillas. El pobre caballo paga por los dos: agujereado de parte á parte, se arrastra y se defiende con los intestinos de fuera; su-

cumbe y muere bajo las plantas del toro, que muge de alegría.»

En prosecución de sus narraciones descriptivas de esta fiesta tan popular en España, pinta con fácil pluma y animado estilo la escena de entregar un toro á la ferocidad regocijada de la muchedumbre, para que lo acose, pinche y mate. Dice el autor así:

«En los circos de España, los matadores alternan: muerto el primer toro, traen otros, y empieza la matanza, con gran contento de las damas. Al fin se entrega uno á los aficionados: los palcos quedan desalojados, y llénase de gente la arena. Se entrega, por decirlo así, al pueblo el animal. Júzguese, pues, lo que habrá de suceder. Él reparte cornadas á diestro y siniestro: le ponen arpones, echa espumarajos, ruge y brinca como una cabra montés, hasta que se lanza sobre uno para recibir tantas

puñaladas como tiene enemigos y espectadores.»

Pero el anónimo autor no se contenta con sus vigorosas censuras, dictadas por un profundo juicio filosófico y amor á la humanidad. Propone los medios de hacer que en Francia se olvidasen estos combates, sustituyéndolos por otros inofensivos.

De esta suerte expresa sus opiniones :

«En Provenza tenemos juegos mucho más agradables. Las colonias griegas han conservado aun en nuestros días la gimnasia de su antigua patria ; pero los romanos habían establecido, en cuantas ciudades fundaban, los sangrientos juegos del circo, á los que debieron aquella ferocidad de carácter que los hizo bandidos sublimes. Daré algún día más detalles de estos juegos, tan pronto como pueda juzgar por mí mismo acerca de su

conformidad con los de los antiguos tiempos. Si nuestros modernos gobiernos prestaran más atención á estas fundaciones útiles y verdaderamente patrióticas, los juegos ó divertimientos sedentarios no hubieran tanto prevalecido, nuestros cuerpos más robustos serían, menos fastidiados nuestros ánimos, y nuestros corazones menos entregados á toda pasión.»

En vano fueron estos clamores. La costumbre siguió en Francia, con creciente agrado del pueblo.

La fama de las corridas de toros españolas volaba de nación en nación, y eran motivo de incesante curiosidad las noticias de ellas.

En una obra dedicada al célebre Federico Guillermo de Prusia, escrita en lengua francesa y compuesta de pasajes de todos géneros de ciencias y letras, se lee esta descripción.

«Dan los españoles el nombre de

toreadores á los que emprenden parar á un toro lanzándole á los ojos una capa en las carreras ó corridas de Madrid. Esta corrida es un combate que dura muchos días y se hace cuando se quiere solemnizar la fiesta de algún Santo ó la de las bodas ó el natalicio de algún príncipe de sangre real. El Rey y las personas de su corte se colocan en las galerías de un palacio llamado *el consistorio*, y los embajadores en otras enfrente. Son los que combaten personas de alta guisa. Vístense de negro este día; pero los criados á pie ó mozos de espuelas se presentan ricamente ataviados, y los más en trajes de turcos y moros ó de salvajes. No sale sino un toro, y no se le opone más que un combatiente con rejones, que así denominan á los dardos. Se empieza el combate sobre las cuatro de la tarde, y el combatiente entra en la carrera

á caballo: las piernas á la jineta, según uso del país, es decir, totalmente recogidas para que los pies estrechen ó aprieten los ijares del animal. El caballero, seguido de sus criados, se dirige á hacer reverencia al Rey. En seguida pasa á saludar á las damas más principales, mientras se irrita ó encoleriza al toro, que está encerrado en una cabaña á un extremo de la plaza, y sueltan cuando se halla furioso. El caballero se desvía un poco de él, y al pasar trata de darle un golpe de lanza ó de dardo en el cuello, que es el momento favorable de matarlo con uno sólo (¹).

» Si el toro muere, hacen entrar en la plaza mulas espléndidamente enjaezadas, al son de las trompetas. Mas si el caballero, al encuentro del

(¹) Esto era lo sumo de la destreza y dificultad en el arte antiguo de torear.

toro, saca herido el caballo ó es desarmado, tiene la obligación de echar pie á tierra y matar á golpes al bruto, lo que se llama *un empeño*. Però en estas ocasiones sus criados y sus amigos se anticipan, y acometen al toro, que muchas veces mata á algunos defendiéndose.

»Deplorable es que en fiestas de cristianos se encuentren tantos desgraciados vestigios del paganismo⁽¹⁾.»

Los ingleses no se han dedicado en su nación á combatir ó lidiar con toros, aunque muchos viajeros en España hayan podido agradarse de esta fiesta con frecuentarla. Enrique Swinburne, en su libro de viajes por nuestra patria, los años de 1775 y 1776, describe con exactitud las corridas;

(1) *Amusemens philologiques ou mélange agréable de diverses pièces concernant l'histoire des personnes célèbres*, etc. Sixième édition, revue, corrigée et augmentée. Tome 1, etc.: Halle, 1785.

pero aunque nos refiere que asistió á muchas de ellas, no llegó á tomar gusto al espectáculo. Decía que al ver la víspera de él á los toros, le parecían muy dulces y muy tratables, y que cuanto puede escribirse de su ferocidad en la arena cuando son irritados por las heridas y los acosamientos, no llega á ser tan terrible y de tanto estrago como los toros viciousos en Inglaterra.

Sin embargo, una vez en España se ha dado una fiesta de toros por ingleses, noticia por cierto muy peregrina, y que consta en las actas del ayuntamiento de Cádiz. Cuando Jacobo II, hijo de Carlos I y duque de Yorck, subió al trono en 1685, los ingleses residentes en Cádiz pidieron permiso para solemnizar el acontecimiento con unas fiestas de toros en la plaza Real ó corredera, lo que les fué otorgado gratamente por el municipio. Para

esta concesión influiría lo de saberse que aquel Rey profesaba la fe católica.

Había aquí, pues, un doble pensamiento : celebrar la restauración del Catolicismo en Inglaterra, al par de la exaltación de Jacobo á la corona. Los vecinos de aquel país en Cádiz tomaban la iniciativa, y la nobleza, clero y pueblo secundaban el pensamiento, porque había un motivo especial de satisfacción para todos.

Hacia los fines del pasado siglo continuaban en Francia, y más frecuentemente en París, los combates de toros y fieras.

Cuando á los principios de la Revolución se advirtieron por algunos pensadores los extremos de la ferocidad del populacho, que todo lo quería resolver, y resolvía las más de las veces, por medio de sangrientas é impensadas ejecuciones, no se explica-

ban aquel cambio repentino de costumbres. No conocían los mismos naturales los hombres entre quienes hasta entonces habían vivido, sin nunca imaginar que la sociedad era como era. Para ellos los hombres, y hasta las mujeres, parecían haber llevado con un antifaz cubiertos los rostros, y con los rostros sus pasiones, y con las pasiones aquel insaciable instinto exterminador.

Uno de aquellos pensadores que se estremecieron al contemplar lo presente y temblaron más y más al presentir lo venidero, fué Peuchet, escritor de vehemente estilo.

Queriendo prestar un servicio á su patria y á la humanidad, creyó haber dado con el origen de lo que estaba aconteciendo. Fijóse en una idea: ¿en qué escuela había aprendido el pueblo aquella ferocidad ó falta de compasión, para saciarse en venganzas

políticas tan sangrienta y precipitada-mente? ¿En la de los combates de toros?

Así Peuchet lo expuso con varonil entereza en el *Monitor* de 12 de Marzo de 1790.

«Es engañarse creer que no hay buenas costumbres, sino las que se llaman costumbres severas. Son buenas costumbres, las más dulces, las que hay que inspirar á un pueblo, y, sobre todo, al pueblo de la capital, porque allí una muchedumbre puede cometer grandes males por la simultánea acción de tantos, y porque la ferocidad de sus costumbres particulares produce el germen de un mal-estar general, y engendra la causa de una calamidad común.

»Es una obligación, un derecho del poder público, proscribir todo cuanto pueda llevar las costumbres á la crueldad, todo lo que pueda darle el ca-

rácter de atroz y fomentar en el pueblo sentimientos de destrucción. Todo espectáculo de este género que atente á la paz interior y á la seguridad individual, debiera procurarse que quede abolido. Tal es el combate de toros.

»Esta diversión horrenda consiste en hacer morir por los voraces dientes de una multitud de bestias, como perros de presa, un toro y algunas veces un oso. Los clamores, los aullidos, los llantos de dolor y de muerte, acompañan esta escena espantosa, adonde una muchedumbre ciega va á tomar lecciones de barbarie y á acostumbrarse á verter la sangre con la tranquilidad de una acción ordinaria y la calma de un gusto satisfecho.

»Tras esto no deja de causar asombro y duda que en una nación acostumbrada á las artes de la paz, á los goces del lujo, y enriquecida de una

gran sensibilidad, haya solamente reclamado contra establecimientos, después de todo inocentes, cuyos efectos en la sociedad son los de favorecer el amor de los placeres, y que se haya aprobado por un silencio imprudente un espectáculo tan repulsivo como contrario al orden y á la tranquilidad social.

» Es una verdadera causa de homicidios, una causa permanente de feroces costumbres. Quien conozca el mecanismo de los órganos, su poder sobre nuestra voluntad, la ligazón entre ellos y sus procedimientos, el efecto prodigioso de las impresiones físicas sobre nuestro carácter moral, sentirá toda la fuerza de estas verdades, y mirará los combates de toros como los más inhumanos, los más impolíticos de todas las diversiones públicas.

» Muy grandes servicios el pueblo nos ha prestado, para que en recom-

pensa deseemos la pureza , la dulzura y la civilización de sus costumbres ; y por escenas de sangre y carnicería jamás se conseguirá ese anhelo, sino instruyéndolo y llevándolo á los placeres de la razón y del sentimiento. Pido, pues, la abolición de los combates de toros como un espectáculo vergüenza de la capital, para que se nos quite esta ignominia (1).

» Otro motivo ayuda con nuevas fuerzas á esta petición. Los combates de toros no se verifican sino en las principales fiestas y en las de la Virgen. En esos días los grandes y pequeños espectáculos están cerrados. El pueblo acude á esta detestable fiesta , porque no tiene otras, pues

(1) « La administración de la policía , efectivamente, acaba de tomar providencias para suprimir este dañoso divertimento », decía Peuchet en nota.

aquéllas, en respeto hacia la religión, se han prohibido, como si no fueran de ejemplo más perjudicial, de fatiga ó trabajo, y más opuestas á las doctrinas religiosas y á las de la razón, que las que habitúan al hombre á la sangre, que lo dirigen á la insensibilidad y lo organizan de manera que introduzca en la sociedad el germen de todas las atrocidades.

»Este error de la policía antigua y de antiguas opiniones, se encamina á pretender que la bondad de las costumbres consista en el puritanismo sólo, y sin comprender que la ferocidad, la dureza y la frecuencia de ver sangre sean lo más contrario al orden público y al mantenimiento de las leyes. Por tanto, se ha fijado su atención en todo aquello que pueda dar motivo á las debilidades de los sentidos, y consiente los espectáculos destructores de la bondad natural, del

sentimiento, y, por consiguiente, de la base de todas las virtudes.

»En fiestas y diversiones que llamen á los hombres á ideas de paz y de dulzura se deben emplear los momentos desocupados; esto es, en espectáculos de costumbres generosas; porque con la conmiseración se debe dulcificar la aspereza de los caracteres. Propongo sustituir el combate de los toros por otra clase de fiestas, como bailes, fuegos artificiales, por escenas pacíficas, por todo lo que pueda ser agradable sin alterar la sensibilidad del hombre y sin inclinarlo á la destrucción y á la violencia.»

Tales fueron las razones principales de Peuchet.

No tan rápidamente como éste pretendía fué la resolución de la municipalidad de París.

El escritor, cada día más insistente en el pensamiento, se dirigió al céle-

bre alcalde de aquella ciudad, al sabio y más tarde desgraciado Bailly, poniendo bajo su patrocinio aquellos tan excelentes deseos, aguijado por las circunstancias amenazadoras del desenfreno de las iras populares. Peuchet se hacía la ilusión de que, cesando aquellos espectáculos, el pueblo volvería en sí y los sentimientos de piedad á los ánimos. Mas si en verdad el pueblo procedía sangrientamente por aquella perversa educación, ya era tarde para deshacerla.

Bailly le respondió con la carta siguiente :

«Es, señor, mi opinión en todo conforme con la vuestra respecto al combate del toro, espectáculo atroz, cuya supresión todas las personas ilustradas deben desear. Lo he hablado ya con M. Dupont du Ferrier, y la sola causa que ha impedido el ocuparse antes en ello, ha sido que la supresión

está acordada para el 15 del mes próximo.—BAILLY.

»Agosto de 1790.»

¡Todo ilusiones! Cesaron los espectáculos, y los que antes eran de toros con perros de presa, se cambiaron en las diarias y numerosas ejecuciones de la guillotina.

Mas esta momentánea interrupción, no llevada á mal por las razones que acabo de emitir, debió ser mal sufrida cuando vinieron días en que la guillotina llegó á estar parada.

Hubo, pues, que dejar á una parte del pueblo que emplease sus feroces instintos en las escenas de combates de toros. Se restablecieron al fin, y por lo menos el año de 1807 se practicaban en la forma que un autor francés dice (¹):

(1) *Manuel du Voyageur à Paris, ou Paris Ancien et moderne*, par P. Villiers, ancien capitaine de Dragons: Paris, 1807, 16.º

«*Combate del toro.*—Dase este espectáculo en un campo cerrado los domingos y demás fiestas. Se ve á animales cuadrúpedos, domésticos y salvajes, pelear los unos con los otros ó con perros de presa, educados para este ejercicio, pues matan á los toros, á los lobos y á los osos. Este espectáculo hállase establecido frente al hospital de San Luis.»

Dos años antes se habían abolido en España las fiestas de toros por Carlos IV, á instancias del príncipe de la Paz, y con el parecer de los Consejos de Castilla y de Estado; providencia que, aunque muy deseada por Carlos III, padre de aquel Monarca, jamás se determinó á emprenderla, por no ocasionar tan desconsoladores contratiempos á sus vasallos.

Una de las causas mayores del odio irreconciliable del pueblo contra Go-

doy, y aun de una parte de la nobleza, que además lo envidiaba por su prepotencia, fué esto de haberles arrebatado la diversión favorita, mientras que muchos la consideraban como reforma valerosa y sabia de aquel ministro.

Pues bien : antes de que se aboliesen las corridas de toros por la autoridad real, estaban ellas en decadencia grandísima.

«No debe nombrarse torero de á caballo el que á cada vez que pase, por lo regular, viene al suelo con animal, pica y demás chismes, y tiene que salir á gatas y despatarrado, limpiándose el susto entre la tierra y el sudor; porque ¿cómo podremos decir que es jinete el que pierde el equilibrio yendo á paso castellano, ni llamar cochero al que en cada esquina perniquiebre una mula ó se enrede en las pezoneras de los demás? ¿Ó es

arte ó no es arte?... Pues ¿qué te diré de los espadas? Desde que faltaron los tres que últimamente conocíamos por tales, ya no hay quien mire á los del día sin fastidiarse ; porque, aunque en tocando á matar van aparentando bizarría, se les conoce á legua el mucho miedo que llevan. Llegan á vista de la fiera, y llama de aquí, vuelve de allá, torna de acullá, todo el mundo en expectativa media hora, y al fin pinchan pero no cortan, hasta que , después de siete, ocho ó más pinchaduras, cae la bestia con mortales ansias, no por efecto de las heridas, sino rabiosa de ver delante de sí aquel estafermo rodeado de tantos secuaces guarnecidos de borlas y cintajos. Los tres que he citado han dejado memoria digna de su habilidad, y en particular el nunca bastantemente celebrado Pedro Romero. »

Esto se escribía en 1803 (1), y demuestra que peina canas y muchas la degeneración del toreo antiguo, y que el público, que califica con enojo é insulta por una nada á los toreros en lo más principal, pasa por todo, efecto de viciosa educación, de equivocada práctica, de la pérdida de buenas tradiciones, y aun del buen sentido.

Los pensadores en España opinaban, sin haber leído seguramente los escritos de Peuchet, exactamente como este autor, con respecto á los espectáculos taurinos en nuestra patria, y es bien extraño que un francés, aquí entre nosotros, viniera á contradecir el juicio de que estas fiestas para nada influían en la delicadeza ó en la ferocidad de las costumbres.

(1) *El Alcarreño en Madrid*, obra jocoseria en prosa y verso, por D. Antonio de San Román.—Madrid, en la Imprenta Real.

El ciudadano F. F. Bourgoing, plenipotenciario que fué de Francia en Madrid (1), decía : « He visto á muchos y ancianos, hombres de todas edades y todos caracteres, en los cuales la concurrencia á estas fiestas sangrientas no alteran la debilidad ó timidez ni la dulzura de sus costumbres. Hay más : he conocido extranjeros de amenidad en el alma y en las formas, que han experimentado en combates de toros emociones tan violentas, que palidecían y se encontraban mal, y luego aquéllas les eran de un irresistible atractivo, sin causar alguna revolución en los caracteres ».

Dividía Bourgoing en dos clases á los espectadores : unos que van, porqué van indiferentemente, y no participan del general encarnizamiento

(1) *Tableau de l'Espagne Moderne*, 4^e edition : Paris . 1807.

contra los toros. Al ver que éstos no rescatan sus vidas al precio de tantos tormentos y pruebas de tal valor, voluntariamente harían, á serles posible, que los animales escapasen de sus perseguidores. En estos espectadores el disgusto sucede á la compasión, y el fastidio al disgusto. Esta continuación de escenas uniformes hace que languidezca el interés que el espectáculo tenía al principio. Esto recordaba á Bourgoing el juicio que formó Plinio el Joven, hablando de los juegos del circo, *nihil novum, nihil varium, nihil quod non spectasse sufficiat*; mas para los concurrentes *conocedores*, que han profundamente estudiado las estratagemas del toro, los recursos de su habilidad, y los diversos modos de estimularlo, de burlarse de él y atormentarlo ó castigarlo, estas escenas no se asemejan unas á otras, que no gustan á los observadores frí-

volos porque no saben comprender estas variedades.

Tornemos, pues, á hablar de los combates de toros y fieras en Francia. Subsistían en los reinados de Luis XVIII y Carlos X. De ello nos da ingenioso y filosófico testimonio el célebre novelista Julio Janin, en su novela tremendamente realista *El Asno muerto*. En el primero de sus capítulos nos describe la barrera del combate en París. Dice que si entre los franceses no existe el circo romano con atletas y lides, en cambio había aquélla, recinto no menos pobre que destartalado. Allí nos presenta el escritor un corralón que pueblan perros jóvenes y viejos, de rojizos ojos, que destilaban lentamente espuma por sus jadeantes y lívidos labios: perros alimentados por la carne de los caballos moribundos ó inservibles que eran muertos en Montfaucon.

El personaje que lleva la narración de la novela, apareciendo como autor de ella, nos refiere que á los ladridos de los perros, cuando penetró en la barrera del combate, mostrósele el director, el cual le dijo que sentía no serle posible ofrecer á su vista una lucha. Uno de sus osos blancos hallábase enfermo, y el otro descansaba. Su toro bravo estábase cuidando, y no podía su gran perro de presa inglés traerse, porque sería capaz de devorar á ambos. En lugar de todo ello, lo obsequió con ver matar á bocados por los perros un asno cojo que le acababan de llevar (¹).

(1) Así describe el autor la muerte del animal indefenso :

« El desdichado asno comenzó por buscar el equilibrio. Un paso dió y otro después, y adelantó cuanto pudo la pata delantera derecha, é inclinó la cabeza, á todo resignado. En aquel momento se presentan en la arena cuatro perros

Però muchísimos franceses del tiempo de Napoleón I, que volvieron de la larga guerra de España, no llevaron á Francia relaciones más ó menos simpáticas de las corridas de toros. Cuando entró á reinar José Bonaparte, estaban ya abolidas. Las personas ilustradas españolas que se adhirieron á su causa, no pensaron en restablecer aquellas fiestas. Además, ño convenían espectáculos tales, que daban ocasión siempre á libertades

de presa, se aproximan, retroceden y vacilan; mas al cabo se enardecen, y embisten al pobre bruto. No cabía resistencia: el asno tenía que morir; despedazan y traspasan su cuerpo con los afilados dientes los perros, mientras el noble atleta se sostenía en aparente tranquilidad y sin despedir una coz, porque hubiera caído. Cual Marco Aurelio, quería morir en pie.

» La sangre corre, sus ojos se humedecen con el llanto de su sufrimiento, resuella con cóncavo ruido, y el asno cae bajo los voraces dientes de aquellas fieras. »

en las plazas, y las circunstancias eran muy difíciles para exponerse á provocar conflictos, aunque el rey filósofo se hubiese, contra sus convicciones, allanado á consentir estos regocijos sangrientos, atendiendo sólo á la política de devolver al pueblo su diversión favorita.

Ya con la intervención del año de 1823 pudieron los franceses ver reiteradamente corridas de toros, y muchos tomar afición á ellas; y á su regreso á la patria, referir pintorescamente sus atractivos y despertar una curiosidad favorable de conocer esas fiestas.

Otra descripción de ellas fué conocida en Francia. Carlos Eduardo Leenville publicó en París, el año de 1825, varios pasajes escogidos de las obras de lord Byron (1), y entre

(1) *Beautés de Lord Byron.*

ellos el del canto primero del poema la *Peregrinación de Childe-Harold* (1), en que pinta á su manera una fiesta de toros en la ciudad de Cádiz.

Don M. de la Peña, traductor español de este poema, considera admirable la descripción, no obstante las inexactitudes que halla, y ni menciona ni refuta (2).

Mi versión es distinta de la de este señor, y no tan parafraseada.

La descripción taurina de lord Byron será hermosísima, pero carece de otra mayor hermosura, la de la verdad. Cuando el poeta inglés estuvo en Cádiz (guerra de la Independencia, 1810) no pudo ver corridas de toros, porque no se dió una sola. Se ha-

(1) *Childe Harold's Pilgrimage*, estancias 71 á 79.

(2) Se considera muy notable esta versión española, publicada en New York el año 1864.

ban abolido por el rey Carlos IV, como en otro lugar consigno.

Describió, pues, Byron lo que no conocía sino de relación, y ¡qué relación! Sin duda las damas amarteladas y picarescas con quienes él trató en Cádiz, se quisieron divertir á costa *del inglés*, como dirían, y usando de la *guasa* de la tierra y de los *infundios* acostumbrados por gentes de buen humor con extranjeros inocentes en nuestras costumbres, llenáronle la cabeza con noticias disparatadas de las corridas, y de ahí esos caballeros jóvenes con cascos y plumas lanceando al toro, y esos matadores, siempre á distancia de él por miedo, arrojándole dardos, y ese carro donde echan al muerto animal, para que cuatro caballos lo saquen del circo.

Y, sin embargo, esta idea errónea de las fiestas de toros españolas, pu-

dieron aprender en Francia por el librito de Leenville (1).

He aquí, pues, la versión del pasaje de lord Byron.

Nos dice el poeta: «Abierta es la lid, despejada la arena y cubiertas por los espectadores las gradas del anfiteatro. El clarín no había hecho oír sus *tarararas*, y apenas queda sitio para el que tarde llega.... Profundo silencio en el concurso domina. Cuatro caballeros jóvenes, cubiertas las cabezas con un casco sobre el que flota un blanco penacho, oprimen con espuelas de oro los ijares de sus soberbios caballos.... Vestido de bri-

(1) El célebre Lamartine, en *Le dernier chant du Pèlerinage de Childe-Harold*, sublime apéndice al poema de Byron, asegura que éste describe los sitios y las costumbres de Portugal y España. El tierno poeta francés no conocía que las más de las descripciones de Byron eran fantásticas.

llante traje y con un magnífico manto (ó capa), el diestro matador se halla impaciente de acometer al rey de los ganados. Á pie camina al centro de la arena: recorre el circo con prudente paso, en el recelo de que algún no pensado inconveniente lo venga á detener en su veloz carrera. Está armado de una especie de arrojadizo dardo, y no combate sino de lejos. Es lo que el hombre puede intentar sin el auxilio del fiel caballo, al que condena á recibir por él las heridas de muerte.

» Tres veces el clarín ha dado la señal. La prisión del toro se abre. La curiosidad, ávida y muda, tiene los ojos fijos en el silencioso circo.

» El terrible animal se abalanza, y en torno de sí dirige sus salvajes miradas. Con el casco de las patas arroja lejos la arena que pisa. No se encuentra ya ciegamente ante su enemigo. Lo amenaza con los cuernos, exami-

na de antemano los golpes que debe dar, y bate sus cuartos con su rápida cola. El relámpago sale de sus inflamados ojos.

» De improviso se para, fijando sus miradas. Huye, imprudente joven, huye ; presto tu lanza. He aquí el instante de perecer ó de desplegar esa destreza que puede substraerte de su furia. Los ágiles caballos saben oportunamente desviarse.

» Arroja espuma el toro, mas no evita golpe alguno. Ríos de sangre corren por sus costados abiertos; muge se agita furioso por sus heridas. Una lluvia de dardos lo acribilla. Los golpes de lanza rápidamente se suceden. Su dolor se exhala en gemidos prolongados.

» Poseído de la sed de venganza, precipítase el animal. En vano los caballeros le oponen su fuerza y sus armas. Todo lo menosprecia. Uno de

los caballos cubre la tierra con su cadáver; otro, ¡oh espectáculo horroroso!, se halla entreabierto, y sus sangrientos costados dejan ver sus palpitantes entrañas. Pero aun con esta mortal herida arrastra su vacilante cuerpo, y salva de un fin seguro á su dueño.

» Vencido, respirando apenas, y más furioso hasta el instante postrimero, el toro, inmóvil en la arena y en acecho de sus enemigos que se encuentran fuera de combate, se da á temer todavía, no obstante sus heridas y de los dardos que tiene clavados en su cuerpo.

» Este es el momento en que los matadores ⁽¹⁾ tornan á su alrededor, agitando sus mantos rojos y sus dardos. Hace un último esfuerzo impe-

(1) En el texto inglés se usa la palabra española *matadores*, como en el francés.

tuoso como el rayo. ¡Furor inútil! Una mano páfida le echa el manto, dejando sus ojos cubiertos. Todo está concluido. El hierro del dardo queda clavado allí donde acaba el cuello del animal y la cabeza principia. Se detiene, estremécese ; pero no retrocede , y cae en medio de los gritos de triunfo, sin proferir un postrer gemido. Un carro pomposamente exornado se adelanta: en él se pone el cadáver del vencido. Dulce espectáculo para el pueblo, fuera de sí. Cuatro fogosos y ligeros caballos muerden sus espumosos frenos , arrastrando esa pesada masa, que difícilmente se percibe en medio del inmenso concurso.»

Este sería el concepto que formarían de las corridas españolas por esta desatinada descripción del poeta famoso inglés, y tan de moda en aquel tiempo.

Los franceses que no tuviesen entonces de ellas noticias, ¿cómo habrían de negar crédito á lord Byron, á quien desde luego supondrían testigo presencial y narrador auténtico de lo que describía?

¡Dios perdone á las picañas que tomaron á placer el engaño del escéptico!

En cuanto á Francia, pudo leer más tarde en su idioma una descripción exacta y pintoresca de las fiestas de toros, debida á la animada pluma de E. Quinet, en que las ha sabido defender, y muy ingeniosamente (¹).

Los franceses mismos han inventado una palabra que equivalga á *torear* en su idioma. Ya se ve en este artículo que Scarron la usó diciendo

(¹) *Mes vacances en Espagne* (Bruselas, 1846), al tratar de *les taureaux et le fandango*.

Tauricider, que significa «hacer regocijos ó fiestas públicas al modo de España por medio de combates de toros (1)».

Ya hoy la nación francesa admite las corridas de toros; aquellos animales tan venerados por los antiguos galos en sus imágenes y representaciones.

Plutarco ofrece una auténtica prueba del culto de los galos á los toros, cuando narra que en el consulado de Mario un ejército de cimbros, teutones y otros juró por su toro de metal guardar las condiciones de un tratado. Gregorio de Tours refiere, hablando de las deidades de las Galias, que eran las florestas, las aguas, las aves, y principalmente el toro. En la.

(1) Véase el *Manuel Lexique ou Dictionnaire des mots françois dont la signification n'est pas familier à tout le monde*, par C. Duboille (editor de París, 1788).

tumba de Childerico se ve, en el siglo v, la predilección por este animal, pues que al abrirse la huesa se halló en ella una cabeza de oro, que lo representaba (').

La deidad antigua de los galos, si no se ha convertido en víctima de sacrificios religiosos, lo es ya de sangrientas risas y de públicos regocijos.

Además, la frecuencia y facilidad de los viajes con la invención de los vapores y ferrocarriles, y la asistencia á los toros, y las narraciones caprichosas ó agraciadas de Teófilo Gautier y Alejandro Dumas, aumentaban más y más el deseo de conocer lo nuevo, ese poderoso atractivo de la humanidad en todos los siglos.

Parecía difícil que allí lograsen los

(1) Alexandre Lenoir: *Description historique et chronologique des monuments de Sculpture*. 6.^{me} édition; Paris, an. X de la Republique.

aficionados á estos espectáculos implantarlos. Ciertamente en la opinión pública hubieron de hallar resistencia. También es verdad que otros, tanto ó más horribles y sangrientos que éstos, se presenciaban contra las razonadas y elocuentes declamaciones de personas de gran juicio ; pero ya venían establecidos desde remotos tiempos.

Tal sucedía con los juegos del ánsar ó de la oca y los combates de toros. En 1824 , J. Desaulchoy decía (1): «Desde el principio del estío hemos asistido á muchas fiestas campestres en los alrededores de París , y con doloroso sentimiento vimos mezclados juegos de destreza y alegres bailes, con uno que la humanidad reprueba, *el tiro de la oca*.... Este jue-

(1) *Panorama de nouveautés parisiennes*, dirigé et publié par Gouriet: Paris, 1824.

go bárbaro endurece los corazones de los habitantes de los campos, como los combates de toros, de perros y de asnos producen igual efecto en las gentes del pueblo de París. Acostumbrados á convertir en diversión el martirio de seres que se creen indignos de compasión, se adquieren hábitos de insensibilidad hacia los parientes, los convecinos y hasta sus propias mujeres y sus mismos hijos; y esta insensibilidad influye de un modo deplorable en sus convicciones y en su bien». Terminaba su escrito lamentándose de que esto pasase en una parte de la nación más dulce y delicada de la tierra.

No faltó quien impugnase estos pensamientos en defensa de aquellos espectáculos ; pero el autor (1) replicó: «Nada es más contrario á la opinión»

(1) En la Revista ya citada.

pública que estos combates de animales, donde se presentan á la vista del pueblo, ya toros, osós y asnos, acometidos por una docena de robustos perros de presa, ó de gallos peleando entre sí para el sumo placer de los espectadores. La costumbre de ver cómo corre la sangre de los animales convierte en insensibles á los hombres para la muerte; y si hemos tomado de los españoles los combates de toros y de los escoceses las riñas de gallos, algún vil especulador no tardará en traernos boxeadores ingleses, y el hombre perezoso y estúpido que no sabe qué hacer del tiempo para aprovecharlo, asistirá á estos espectáculos cruentos. En Roma primero se ofreció al pueblo el de los animales, luego quiso el de los hombres».

Preparada así la opinión, no hay que extrañar que cuando en 1852 en Saint-Spirit se dieron corridas de to-

ros al uso español, surgiese mucha oposición contra ellas. Clamaron los moralistas, y trajeron á la memoria que cuando los romanos quisieron introducir combates de gladiadores en Atenas, un ciudadano de ella dijo: «Sea; pero destruyamos los altares que nuestros abuelos habían erigido á la piedad».

René de Semallé (¹) imitó estas palabras, diciendo: «Sea; restableced los combates; tornad á su primitivo destino las arenas de Nimes y de Arlés; abatid primeramente los altares del Dios de la paz y de amor; y antes de restaurar el paganismo, destruid la Religión cristiana».

(¹) *Lettres d'un touriste sur les combats de taureaux*: Paris, 1863. Se dirigieron al Dr. Blantin, vicepresidente de la Sociedad Protectora de los animales. Se imprimieron por primera vez en Bayona en 1853, y luego en un periódico de París el año mismo.

Tal importancia se quiso dar á la introducción de esos espectáculos, según la costumbre española, y haciendo de ella con semejantes exageraciones una cuestión de carácter religioso.

Después de censurar al clero español porque no había procurado en siglos y siglos abolir una fiesta que, si San Pío V condenó, Gregorio XIII vino á autorizarla, porque informes nuevos llegados á la Santa Sede aseguraban que el riesgo de muerte de los hombres era muy remoto, dada la destreza de los que salían á las plazas, exhortaba al clero francés á que enérgicamente reprobase el espectáculo. Y para ello reproducía la Bula de San Pío V, modificada en gran parte por el Pontífice Gregorio.

El clero en España fué muy aficionado á corridas de toros. Búsquense libros de Constituciones sinodales de

tiempos así anteriores como posteriores al Concilio de Trento, y en casi todas se verá prohibido que los eclesiásticos seculares asistan á esas fiestas, se paseen por el circo antes de empezar y tomen parte en la lidia disfrazados.

La prohibición se halla muy reiterada de que las rentas, limosnas, obligaciones y demás que pertenezcan á templos, hospitales ó cofradías se gasten en hacer corridas de toros (pena de excomunión mayor), con pretexto de celebrar fiestas de misterios divinales ó de algún Santo, aunque sea el patrono de la ciudad ó el pueblo.

Más todavía: se tuvo que vedar, con amenaza también de excomunión mayor, formar votos solemnes de lidias de toros en religiosas festividades determinadas y cumplir los ya acordados, los cuales se declaraban

irritos ó nulos, y caso de que se cumpliesen en verdad, realizando los regocijos, no con el carácter del voto, sino como cosa particular ó voluntaria de los pueblos ó mayordomos de cofradías, igualmente se prohibiesen (¹).

Á tal extremo de relajación se habían llevado las cosas.

En Burdeos se prepararon en 1852 á ver corridas de toros, mas el prefecto negó el permiso.

Verdaderamente hay que decirlo: sólo hallaron contradicción en un periódico de París (²). Los demás les concedieron alabanzas por la bravura de los toreros y por su habilidad igualmente.

(1) Una de las Constituciones sinodales más modernas en que se aceptan los preceptos de otros sobre estos puntos, es la de Málaga en 1674, formadas por D. Fr. Alonso de Santo Tomás, su obispo.

(2) *La Presse religieuse*.

Semallé clasificaba el espectáculo de escena de bufonería y crueldad. Más acertado estuvo al decir que de esta fiesta piensan muchos que es una demostración de la superioridad del hombre sobre el bruto; mas observaba que el torero se ejercitaba en el estudio de esta lucha, y el toro no, y si uno de éstos se presentase dos veces en la plaza, la superioridad del hombre sería menos evidente.

Esto, antes que lo notase Semallé, nuestro pueblo lo sabía perfectamente, al llamar á toros de este género *placeados*, tan inhábiles como peligrosos para la lidia.

En Francia se han experimentado alternativas en conceder ó negar licencia por las autoridades para estas fiestas á los toreros españoles.

Hoy, el interés de ofrecer espectáculos desconocidos á tantos viajeros de remotas naciones que visitarán la

Exposición universal, ha movido al Gobierno de la República á consentirlo con ciertas restricciones, por las que cree alejar peligros á los lidiadores y quitar algo de repugnancia á los que asistan á los circos. Ha querido buscar un término medio entre las opiniones de los filósofos moralistas, que no han podido quitar en siglos los combates de toros y osos y otros animales con perros de presa, tan del gusto del populacho de Francia y especialmente de París, y los que quieren presenciar el espectáculo de la lidia de toros á la española. Seguramente no habrá conseguido satisfacer á los unos y á los otros. Pero el primer paso, dado está. Las corridas de toros lograrán aclimatarse íntegras en Francia.

No soy entusiasta de ellas, y sí casi indiferente, y quizá sin casi, indiferente del todo.

Pero por la novedad de la concesión del Gobierno francés y para un concurso universal tan solemne, me ha parecido ordenar estos apuntamientos de mi curiosidad sobre toros en Francia, por no ser muchos de ellos vulgares. Consignados en una excelente Revista, en ella podrán servir de recuerdo y como estudio de costumbres á los aficionados.

II.

No puedo prescindir del recuerdo de lo que un muy afamado novelista francés dejó escrito sobre las corridas de toros españolas que tuvo ocasión de ver por los alrededores de Cádiz. De Eugenio Sué he dicho ya que estuvo en esta bahía y ciudad desde 1823 hasta la retirada de las tropas francesas. Era médico de sanidad de la Armada. Estudió nuestras costumbres y trazó varios animadísimos cuadros de algunas de mi provincia, mezclados con fantasías á la francesa. *El gitano de Andalucía* tiene por título

una de las novelas marítimas, cuya acción empieza en la llamada gran ciudad y Puerto de Santa María, con motivo de una corrida de toros celebrada en aquella plaza, corrida en cuya descripción empleó todas las galas de su ingenio.

Merece verse la impresión que aquel espectáculo causaba en él, así como inferir la de los más de sus amigos y compañeros. Y anímame á ofrecer á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA algunas pinturas de Sué, preciosísimas cuanto verídicas en su mayor parte, la circunstancia de haber admirablemente descrito en verso una corrida de toros en el mismo Puerto de Santa María un buen poeta de Cádiz, con escasa fama y mucho merecimiento, contemporáneo de Sué. Hablo de Juan Miguel Narciso de Arrambide, mi tío, que en edad muy proveyta falleció en Granada. No compi-

ten los autores, porque ni pensaron siquiera en competir; pero sí los escritos. La descripción de Arrambide, como se verá por la muestra, es acabadamente literaria, y no de las de salir del momento que hoy se leen en revistas de periódicos.

«Abrense las compuertas : sale airoso,
Toca Simón, y el matador ufano
Lo brinda á la ciudad, y va animoso,
A lidiar con la fiera mano á mano.

Era *Guillén* : con su vestido hermoso,
Su lindo talle, su mirar gitano,
Lo llama, lo revuelve y va poniendo,
Y de una lo remata recibiendo.

El tercero salió berrendo en rojo,
Con la divisa azul, blanca y morada,
Bien encornado, de extremado arrojo ;
Pero blando al llegar á la picada.

Busca gente de á pie para despojo,
Al recorte y carrera acostumbrada ;
Se presenta *Guillén*, y, cual desea,
De mil distintos modos lo capea.

Llegó haciendo la vieja, y al derrote,
Dió una vuelta y quedó firme y parado
Despliega á la verónica el capote,
Y lo saca por uno y otro lado.

Se pone por detrás el anascote,
Y lo burla de espalda y de costado ;
Y al rascarle el testuz como de un vuelo,
Las babas le limpió con el pañuelo.

Banderillas : la muerte : el *Sombrerero*
Salió pausado, asaz respetuoso,
Y con semblante afable, aunque severo,
A otro majo se acerca muy lujoso,
Al que ofreció cortés y placentero
La espada y la muleta, que animoso
Toma y al toro va con firme huella
Era el noble marqués de Torre Cuella.

A nadie lo brindó su señoría,
Aunque cierta mirada revelaba
El brindis, que sus labios encubría. . »

¡Cómo se entusiasma Eugenio Sué
recordando las fiestas españolas en e
Puerto de Santa María!

« ¡España! ¡España! (exclamaba.)

¡Cuán puro y espléndido tu sol amanecer! Con clara y regocijada luz sus rayos alumbran las calles del Puerto de Santa María. Las voleadas ventanas de sus blancas casas, donde se asoman muchas hermosas, alegran la vista, y los naranjos perfumados del paseo de la Victoria aparecen cubiertos de doradas hojas. Á lo lejos Cádiz se divisa embozado en un vapor cálido y rojizo. Su playa, cubierta de deslumbradoras arenas, presenta un festón de diamantes formado por las transparentes y azuladas ondas que extienden por ella su esplendorosa espuma. Desplegan multitud de faluchos en el puerto sus gallardetes, con los que el ligero vientecillo juguetea, mientras murmura en el cordaje. Todo es movimiento, todo ruido, y aroma, y luz vivísima. La frescura de las marinas plantas, el cantar de los marineros en tanto que extienden las anchu-

rosas velas, húmedas aún del rocío de la madrugada, el toque de las campanas, el relincho de los caballos que, con brincos y corvetas, se precipitan en las verdes praderas detrás de la ciudad, ó que corren por las calles; todo, todo produce un verdadero encanto.»

Seguramente Eugenio Sué pinta con diestra mano. La prisa de los yentes y vinientes con motivo de los toros; por el camino de Sanlúcar de Barrameda, calesines ricamente dorados, alegrando con los sonos de las campanillas que al cuello los caballos llevan; y los coches procedentes de Jerez, y caballerías de Rota, Chippingona, Puerto Real y demás carreteras de Cádiz, en que se movían grandes poblaciones sin ferrocarril que les facilitase el tránsito.

Sué no se olvidó del pintoresco galán andaluz. «¡Qué bien parece, dice,

con su querída á las ancas del caballo, con su paso ligero, y el vestido con bordado y forro de seda de vivísimo color! ¡Qué vistosas vislumbres las de los botoncillos de oro afiligranados que guarnecen la parte exterior del muslo hasta los botines! ¡Cuán firme el pie se ostenta en el ancho estribo morisco! ¿Quién podrá verle la cara? Le cubre la mantilla de su andaluza. ¡Cuánta gallardía, cuánta sal en su hermosísima pareja! ¡Y qué bien, sobre lo pardo de la chaquetilla del amado, resaltaban las mangas verdes del monillo de la amante! ¡Y qué fuego en aquellos ojos! ¡Oh Dios de bondad, qué miradas! ¡Qué talle! Bendita sea su complaciente basquiña con sus plegados faralaes, que nos dejan ver una torneada pierna y un admirable pie. Una y mil veces bendita sea, porque en un bienaventurado momentillo nos ha concedido entrever

la riquísima liga azul que ata su media de seda!.... ¡Galopa, oh joven! Pica la espuela, y sentirás al par cómo tu morena te estrecha contra su corazón. ¡Tú escucharás sus palpitaciones, y acariciarán tu rostro sus cabellos, y abrasará tus mejillas el ámbar de su aliento! ¡Corre, bellísima pareja; corre, y que los que os envidien os vean desaparecer en medio de la nube dorada del polvo que levanta vuestro fogoso trotón! »

El novelista nos presenta en un balcón de la plaza de toros á una deidad en la persona de una joven huérfana, bella y rica, que, debiendo tomar al siguiente día, en el convento de las monjas de la Concepción, el hábito de religiosa, se despedía del mundo, adornada de diamantes y perlas, ofuscando el brillo del sol, y con sus cabellos negros como el azabache cayendo agradadamente ensortijados sobre un

rostro no menos pálido que melancólico.

Ornaba el antepecho blanca colgadura y guirnaldas de flores (1).

Al salir le pareció estremecerse el mar con las reiteradas exclamaciones: «¡ Bravo toro! ¡Toro magnífico!» Tal dice Sué, y así prosigue: «El animal estaba como asombrado y aturdido, y se puso á mirar hacia todas partes.... Se paseó despacio en torno de la barrera para buscar una salida, y no hallándola, se emplazó en el centro del redondel, escarbando la arena.

»Lo capean los chulillos; y los picadores, con sus luengas varas, sus

(1) Habrá sorprendido á los lectores eso de que una joven, en vísperas de entrar en un convento para la toma de hábito, vaya á una corrida de toros, sin duda para edificarse, costumbre que Sué narra como cosa corriente en la España de Fernando VII.

sombreros de grande ala, sus chaquetillas de plata y sus calzones de ante, á tierra vienen y sobre el polvo ruedan.

»Orgullosa la fiera con el vencimiento de sus acosadores, recorre la plaza tan engreídamente, que no se apercibe de las banderillas que le plantan en el lomo.

»Con este castigo, el animal se hace desconfiado, y embiste intencionadamente á la muleta que le presenta Pepe Ortiz, y con tal intención, que á la vuelta segunda queda clavado contra la barrera el matador para lanzar el postrimer suspiro (¹).

(¹) En la descripción citada de Arrambide se habla de un picador Ortiz, sin decir que muriese en la corrida :

«Dos puyazos tomó, y siguiendo luego,
Con el valiente Ortiz rabioso cierra ;
El caballo le mata, airado y ciego,
Y hace rodar al viejo por la tierra ».

»¡Pudieran despertarse los muertos á los convulsivos y unánimes gritos que este suceso ocasionó en la plaza!»

Nárranos á continuación que ocurre un acontecimiento inaudito. Entra sin ser llamado, ni permiso previo, un hombre que no llevaba traje ni armas de toreador, ni gacho sombrero, ni bordada chaquetilla ó con alamares. El vestido parecíase al de los croatas, negro; muchos pliegues se veían en sus polainas; llevaba gorro de marinero con pluma blanca; montaba preciosa jaca negra, con aderezo morisco; con no menos maestría y gracia manejaba las riendas. Lucía dos buenas pistolas de arzón y sable corto y corvo, á guisa de marino de guerra.

Saludó á la destinada á monja. El toro acude á embestírle. El desconocido dice á la doncella: «Por V. y por esos ojos de color del cielo».

Con presteza infinita, huye el caballero la acometida por medio de una vuelta. El toro torna á buscarlo, y entonces el galán, encarándose nuevamente con la joven, exclama: «Ésta también por V., señora; mas en esta ocasión, en honor de esa boca, más hermosa que el mismo coral».

Toma del arzón una pistola, y con tal acierto dispara, que el toro cayó á los pies de la jaca. La joven denotó gran ansiedad, y él la echó un beso.

Sué confiesa que esta escena era extraña para los españoles; y aunque la llama «inaudita», Felipe IV mató una vez, y de un arcabuzazo, á un tóro, y otra su hijo el príncipe D. Baltasar Carlos de Austria, hazañas celebradas por varios poetas aduladores. Pero, en fin, el novelista tenía razón; esto no era costumbre.

Trázanos luego el cuadro de la indignación popular, de que tuvo que

huir el aventurero, saliendo en medio del asombro, y aprovechando la ocasión de embarcarse sobre seguro, pues sus amigos y parientes, utilizando la distracción pública, habían dejado escapar todas las falúas, lanchas y esquifes que había en el muelle, dejando sólo la del pirata, pues tal era, para que lo llevase á su buque, surto á la entrada de la bahía.

Como se ve, Eugenio Sué desplegó los elegantes vuelos de una riquísima imaginación para legarnos estas vivas pinturas, tan poéticamente bellas, de una corrida de toros en la provincia de Cádiz y en la ciudad clásica de estas fiestas, tan frecuentada de extranjeros, por tantos comerciantes, como en ella residían, y más con la permanencia de la escuadra y guarniciones francesas en Cádiz, San Fernando, Puerto de Santa María, Jerez y Sanlúcar.

Creo conveniente revivir la memoria de un acontecimiento taurino en España ejecutado en obsequio de los reyes D. Carlos II y Doña Mariana de Neoburg el 3 de Junio de 1698, en una casa de recreación que en la villa de Burguillos tenía D. Juan de Varela Coloma, su secretario y recaudador de los servicios de millones de Toledo y su partido (1).

Convaleciente Carlos, pasó con la Reina á Toledo. Entre los festejos y recreaciones con que allí y en sus contornos fué obsequiado, ocurrió la fiesta que voy á describir.

Salieron de Toledo los Reyes á Burguillos á las siete de la mañana, en

(1) Consta todo en un libro con el título de *Relación del Magestuoso recibimiento y entretenido cortejo*, etc. «El autor de ella fué el capellán del señor arriba citado, y músico y segundo Maestro de melodía de Toledo.» Madrid, 1698, en 4.º

ese día, y recibéndolos á caballo el D. Juan de Varela, alcalde además de Burguillos, un ministro, una compañía de soldados y lanzas del lugar.

El Rey no había visto pisar la uva, y sabiendo que en esa hacienda había una gran piedra y viga, y bodega y lagar, promovió que se tuviese preparado el modo de que presenciase las operaciones. Como no era tiempo de uvas, trajeron gran cantidad de guindas para que sirviesen al efecto.

Entretuviéronse los Reyes con asistír á danzas, en recorrer los jardines y en aceptar una gran comida, cuyos platos «no los menciono (la relación dice), *por no ser decente* en mesa tan magnífica *especificarlos*». ¡Cuánto han variado los tiempos!

Durmieron los Reyes después de comer algún rato. Luego tornaron á la visita del lagar, para ver de nuevo las operaciones de la pisa, y hallaron

que había producido cuarenta arrobas de líquido.

En el jardín se había levantado un gran teatro, y se empezó á representar la comedia *El parecido*. Y digo empezó, porque hubo de suspenderse la fiesta al concluir el segundo acto, á causa de que el Rey quería ver los toros y que le dejaran tiempo para regresar á Toledo y hallarse en la catedral á la hora de la reserva del Sacramento. Como se ve, en nada se oponía lo devoto al espectáculo taurómico, á que Carlos II era aficionado como á la montería y cetrería.

En la plaza improvisada se corrieron hasta diez toros, festejo de que la Relación cuenta que *es el que más deleita al orgullo español*.

Salió el primero á rejonear un toro un joven, graciosamente vestido y á caballo, con dos diestros toreadores sirviendo de lacayos, vestidos de cá-

sacas, á la andaluza, de tafetán doble celeste, medias nacaradas y sombreros y zapatos blancos. Puso un rejón y paseó por el circo con aplauso de las damas, que le decían: «Vítor mil veces, que ha andado usía primoroso».

Esto nos enseña que, como caballeros eran los más de los lidiadores, los trataban con toda cortesía los concurrentes, dándoles el tratamiento que correspondiera, todo al contrario del popular desenfreno lingüístico en las corridas de toros de la edad presente.

Otro rejón puso, y de una valiente cuchillada en la cabeza dejó fuera de combate al toro. Cuatro toreros que había prevenidos remataron á la fiera.

Salió otro toro, y el rejoneador hubo de mudar hasta cuatro caballos, pues le hirieron tres, con lo que tuvo

otros tantos empeños, habiendo de rematar las suertes de á pie y dos de ellas con otras tantas lanzadas de ese modo.

Perros muy valientes y diestros lucharon con toros, á usanza francesa, según parece : también echaron á las fieras dos dominguillos. Las damas arrojaban desde los balcones reguileros, pequeños, muy pintados y llenos de cintas de varios colores, á los toros cuando pasaban bajo de ellas.

Empezó á llover, y aunque había preparados conejos, palomas, liebres y gamos también adornados con muchas cintas para fingir con ellos una montería á fin de recrear á los Reyes en el jardín, lo tarde y la lluvia y el aire impidieron que se hiciese.

Todas las damas escogieron libremente alhajas, abanicos, cartas, medallas de Nuestra Señora del Sagrario de Toledo, y otras cosas; que en dos

estantes se veían colocados estos obsequios para aquéllas.

Á la Reina se ofrecieron doce abanicos de *laminas* primorosísimas, y al Rey una pintura de vara y media de alto, original del célebre Dominico Greco, que representaba á San Ildefonso con Nuestra Señora, objetos predilectísimos de la devoción de Carlos II, y además una escopeta fabricada elegantemente en Barcelona.

Regresaron los Reyes á Toledo en hora oportuna de presenciar la reserva, para que terminase religiosamente el día.

Por este tiempo un ingeniosísimo poeta, D. Francisco de Bances y Candamo, discípulo de D. Pedro Calderón de la Barca, quiso ostentar su agudeza de ingenio, su facilidad en versificar, y sobre todo su maestría en la lengua española; escribió un epigrama, apodando finamente de

cornudos á unos caballeros que lidiaron toros en cierta ciudad muy fea. Véase la composición.

FIESTAS DE TOROS.

En una como ciudad,
Unos como caballeros,
En unos como caballos
Lidieron unos como ellos (1).

Como curiosidad debo decir aquí cuál ha sido la fiesta de toros más sangrienta que en España se ha conocido. Forquera en sus *Anales* manuscritos, que se hallan en la Biblioteca Colombina, nos ha dejado esa memoria, describiendo la corrida que se celebró el año de 1609, el martes 19 de Agosto, con motivo de unas fiestas reales, en la plaza de Bibarrambla

(1) *Obras líricas* de D. Francisco Antonio de Bances y Candamo. (Madrid, en 16.º, 1727.)

con libreas y juegos de cañas. Fueron los toros tan bravos, dice, que llenaron de asombro y espanto. Mataron treinta y seis personas, é hirieron á más de sesenta. De caballos sólo perecieron cuatro. El último toro estaba á las nueve de la noche en medio de la plaza, porque no había quien osase desjarretarlo. No veía el toro hombre que no lo hiriese. Trataron de encandilarlo con fuegos. Al fin apelaron á darle muerte á escopetazos. Este toro había matado cinco hombres y herido á varios. Quedó por mucho tiempo el nombre de esta fiesta, que llamaron *la de los toros bravos*.

No faltará quien desee saber cómo, ó cuándo, ó dónde empezó la costumbre de sacar de las plazas con mulas ó caballos los toros muertos. Antes los arrastraban hombres al uso del circo romano con los gladiadores, los bestiaros y las fieras.

Nadie crea que tuvo origen en Andalucía. Cuando la ciudad de Burgos celebró fiestas por los casamientos de Isabel de Borbón con Felipe IV siendo príncipe, y de Doña Ana de Austria con Luis XIII de Francia, hubo una novedad para los cortesanos presentes.

En Madrid (1), cuando matan un toro, entran por él ganapanes. «Aquí (en Burgos) entran cuatro mulas, no domadas, con sus cuerdas tirantes. Y en estando el toro desjarretado, las meten en el coso y amarran al toro, y como van huyendo de él, tiran tanto, que lo hacen saltar, y de esta manera regocijan mucho á la gente, y *pareció muy bien, como cosa nunca vista.*»

Para que se vea cómo se lidiaban

(1) Según el *Tratado* de estas fiestas y regocijos.—Biblioteca Colombina (manuscrito en 4.º).

toros en Cádiz por el año 1787, véase el extracto de la papeleta de la décimanona corrida del mismo.

Fueron diez los toros; cuatro de Utrera con divisa encarnada; tres de Jeréz con divisa negra, y tres de Bornos con divisa blanca. Hubo tres picadores, y mataron los famosos Pedro Romero, de Ronda, y Juan Conde, de Vejer, sirviendo de media espada Antonio Romero, de Ronda, con su correspondiente cuadrilla de banderilleros.

En los tres últimos toros, la corrida tomó otro aspecto, según esta nota de la papeleta :

«Para que la tarde sea más completa y divertida, pasado que sea el sexto toro, entrarán las barcas cañoneras, las que darán vuelta alrededor de la plaza, harán una salva completa, después batirán un castillo que estará situado en medio de dicha plaza

con su guarnición correspondiente, la que hará su defensa, y al fin quedará vencido y deshecho, y la tripulación de dichas cañoneras, desde éstas, rejonearán el toro con sus propios remos, y después lo matarán.»

Esto, como se ve, era una clase de espectáculo desconocido de la generación presente.

La fiesta de toros siempre ha tenido un motivo superior para el agrado público, en un país oprimido tantos siglos por el despotismo. Allí, según un escritor de nuestro siglo (1), es permitido gritar, decir insolencias y obscenidades, insultar á cualquiera, tirar naranjas y tronchos de coles, y dirigir la función á todo su capricho,

(1) *Historia verdadera de César Nonato el travieso, caballero manchego de relance*, por el Licenciado Vargas Machuca.—Tánger, en la oficina tipográfica alcuzcuciana, año de 1241 de la Hegira.

disponiendo que á este toro no se le pongan banderillas.... Es, como se ha dicho, el único acto en que se ejerce una soberanía absoluta y no se reconoce superioridad en la tierra. Es cuando más contenta está, como sucede á todo el que hace su regalado gusto sin que nadie se lo estorbe.

Muchas veces me he puesto á imaginar si un gladiador, ú otro combatiente de los antiguos romanos, pudiera volver á la vida y asistir á una fiesta de toros nuestra, qué impresión habrían de ocasionarle las suertes de ellas.

Entre los juiciosos desvaríos que podemos formar de cosas imposibles de obtener la certeza evidente, este es uno.

Desde luego dirían que ellos impasibles aguardaban las inesperadas acometidas de animales tan feroces como astutos y exacerbados por el

hambre de dos días: que sus armas eran solas un casco de acero y un escudo por defensa, y una corta espada, y que así recibían el salto espantoso del león ó del tigre, con el riesgo de no herirles de instantánea muerte para que en su agonía no pudiesen revolverse aún, ocasionando daño á su enemigo. También podrían observar que otros, avezados á estas lides, aguantaban el salto de las fieras con peto y casco y sin escudo, hincados sobre la rodilla izquierda, y con un puñal en la mano derecha para recibir en él el pecho ó el vientre de aquellas fieras, en tanto que los toros son engañados con un trapo, á los cuales con facilidad en su ciega acometida puede hurtárseles y se les hurta el cuerpo.

No hallamos en nuestra fantasía la respuesta con que un torero satisfaría á las observaciones del gladiador

romano, acerca del máximo ó sumo peligro á que se exponen en su combate con aquellas fieras.

Y pues aquel tiempo fué pasado para nunca volver, más vale dejar aquí un problema que no hubiera empezado á escribir, si al fin tenía y tiene que quedar en problema.

ADOLFO DE CASTRO.

LA ESPAÑA MODERNA

Es la más escogida y la más barata de las publicaciones españolas.

Ve la luz el último día de cada mes, en tomos de más de 200 páginas en 4.º mayor.

Cada tomo forma un libro completo, que cuesta en toda España

DOCE REALES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN, PAGANDO POR ADELANTADO

	<u>España.</u> <i>Pesetas.</i>	<u>Extranjero.</u> <i>Pesetas.</i>	<u>Cuba y Puerto-Rico</u> <i>Pesetas.</i>	<u>Resto de América.</u> <i>Pesetas.</i>
Un año....	30	40	45	60
Ochomeses	22,50	30	34	45
Cuatro id..	12	16	20	24

REGALO

Los señores subscriptores á LA ESPAÑA MODERNA recibirán cada dos meses unas preciosas tapas en tela para la encuadernación de los tomos.

Los abonos deben comenzar en Enero, Mayo ó Septiembre.

Para hacer la subscripción, dirigirse por carta al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Serrano, 68, Madrid, mandando el importe en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de correos en los puntos en que no haya giro.

SUMARIOS

TOMO I.—ENERO DE 1889.

Morrión y Boína, novela, por **Emilia Pardo Bazán.**

Un girondino español (El abate Marchena), por **Adolfo de Castro.**

Carlos V y las Cortes de Castilla, por **A. Cánovas del Castillo.**

Estudio etimológico y comparativo, por **José Balari y Jovany.**

La literatura catalana en 1888, por **J. Sardá.**

El movimiento literario en Valencia en 1888, por **Teodoro Llorente.**

El rehén del Patuco, cuento, por **Federico Urrecha.**

Humoradas, poesías, por **Campoamor.**

Notas bibliográficas, por la **Sra. Pardo Bazán** y los **Sres. Coroleu, Marqués de**

Figuerola, Barallat, Carracido, Torromé, Palmerín de Oliva, Llorente y Altamira.

TOMO II.—FEBRERO.

Torquemada en la hoguera, novela, por **B. Pérez Galdós.**

La sociedad catalana en tiempo de los Condes de Barcelona, por **J. Coroleu.**

Sobre la idea de la personalidad, por **F. Giner de los Ríos.**

Escritores americanos: D. Juan Montalvo, por **Leopoldo García-Ramón.**

Precursores españoles de las ciencias naturales, por **José B. Carracido.**

Documento curioso: carta inédita del abate Marchena, sacada de la colección del **Excelentísimo Sr. D. A. Cánovas del Castillo.**

La cuestión académica, por **Emilia Pardo Bazán.**

Bodas de oro, por **Luis Carlos Viada.**

Á una dama que me envió su retrato, poesía, por **Manuel del Palacio.**

Notas bibliográficas, por la **Sra. Pardo Bazán** y **Sres. Simonet, Altamira y García-Ramón.**

TOMO III.—MARZO.

Torquemada en la hoguera (conclusión), novela, por **B. Pérez Galdós.**

Estudios sobre la dominación de los españoles en Berbería. Las cabalgadas, por **F. Guillén Robles.**

Nuestra crisis económica. La depreciación en los productos, por **J. Eduardo Sellent.**
Antonio de Trueba, por **Ricardo Becerro de Bengoa.**

Sor Magdalena, tradición mexicana, por el **General Riva Palacio.**

Consideraciones sobre el sufragio universal, por el **Marqués de Figueroa.**

Á mi amiga I. M. con ocasión de su casamiento, poesía, por **Manuel del Palacio.**

Crónica del arte, por **José Ramón Mélida.**

TOMO IV.—ABRIL.

Apuntes para mis memorias, por **María Leticia de Rute (Princesa Battazzi).**

Necrología de Mancini, por **Emilio Castelar.**

Trueba y sus amigos, por **V. Barrantes.**
Cuentos pequeñitos.—Cabecita á pájaros, por **José Zahonero.**

Algunos secretos del lenguaje y estilo del *Dqn Quijote*, por **Clemente Cortejón, presbítero.**

El liberalismo del P. Mariana, por **Antonio de Valbuena.**

No hay hombre sin hombre, por **José María Sbarbi, presbítero.**

Un enigma literario.—El *Quijote* de Avellaneda. — Novísimas investigaciones.—La clave, por **Adolfo de Castro.**

Notas bibliográficas, por los **Sres. Yxart, Sardá y Coroleu.**

TOMO V.—MAYO.

Jaime el Leveche, por **Luis Cánovas.**

La poesía desdeñada por la ciencia y por la prosa, por **Campoamor.**

Consideraciones generales acerca de nuestro estado militar, por **Francisco Barado.**

La crisis económica, por **E. Benot.**

El quijotismo en el mundo gentílico y en la sociedad cristiana, por **J. Coroleu.**

Novela parisiense mejicana, por **Juan Valera.**

Combates de toros en España y Francia, por **Castro.**

Notas bibliográficas, por los **Sres. Sardá, Campión é Yxart.**



